

**UNA
REALIDAD
DISTINTA**

Robinson coto Rozas

Ricardo

Aún era de noche. Despertó lenta y naturalmente, sus párpados se abrieron y volvieron a cerrarse un par de veces antes de incorporarse por completo. Un agradable aroma inundaba el dormitorio, era algo diferente. Trató de mirar el reloj pero, su vista todavía era algo borrosa debido a la somnolencia, solo notó que la manija pequeña estaba cerca del cinco.

Cuando se volteó para acomodarse, la sorpresa fue tan grande que le espantó el sueño por completo. Quiso gritar pero no fue capaz de hacerlo. Se puso de pie al lado de la cama y notó lo que antes no había notado. Encendió la luz para verificarlo.

— ¿Qué pasó? —Preguntó ella—. Acuéstate, sigue durmiendo.

Ricardo no reconocía a aquella mujer que dormía junto a él en la cama, tampoco reconocía esa cama, ni siquiera reconocía la lámpara que encendió dos minutos atrás.

—Solo necesito beber agua —repuso algo confundido.

—Bueno, pero apaga la luz —dijo ella, tapándose con la sábana.

Sin lugar a dudas esa era su casa o al menos la construcción era exactamente igual. Caminó hasta la cocina, tomó un vaso y se sirvió agua de la llave. Aunque en realidad no tenía sed, bebió un poco y mientras lo hacía pensó que todo debía ser un sueño, un sueño que parecía

Una Realidad Distintinta

muy real, como tantos que había tenido a lo largo de su vida.

Volvió a la habitación, intentando no hacer ruido. Había decidido dormir y esperaba que al amanecer todo fuera parte de un sueño extraño.

Se metió lentamente en la cama, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, en ese momento su compañera dio la vuelta y lo abrazó, sus suaves brazos rodearon su pecho, acurrucándose hacia él. Abrió los ojos y la miró, pasó su brazo derecho por debajo de su cuello y acarició su espalda con la palma de su mano. Fue entonces cuando supo que nada de eso era un sueño, que era la realidad. Una realidad distinta a la que había antes de irse a la cama. Una realidad distinta a la que habría al amanecer.

Maximiliano

El 16 de octubre de ese año recibí un mensaje en mi consulta que me llamó la atención. Yo llevaba bastante tiempo ejerciendo mi profesión y era bien conocido en el mundo de la sicología, por lo menos en mi ciudad de residencia y dentro de la comunidad académica de mi país. Hasta ese momento no tenía conocimiento de ser una personalidad conocida en el extranjero.

Mi secretaria, algo emocionada, me llamó por teléfono, indicándome que una persona con acento anglosajón, y que llamaba desde el exterior, necesitaba comunicarse conmigo de manera urgente.

Me dirigí hacia mi oficina a eso del mediodía y le pedí a mi secretaria que me entregara los datos de la persona que había estado buscándome. Se trataba de la renombrada psiquiatra y psicóloga inglesa Erín Smith, reconocida por sus investigaciones del comportamiento infantil.

El mensaje que había dejado decía:

“He leído su tesis acerca del ‘Estado de Fuga’ y me gustaría compartir con usted el caso de un paciente. Espero su llamado.”

El 25 de octubre inicié mi viaje hacia Londres. La universidad de Erín Smith me había ofrecido pagar todos los gastos de mi estadía, así como los gastos de transporte.

Me hospedaron en el Andaz Liverpool Street London Hotel, donde mientras disfrutaba un buen café, leía los apuntes del caso de Maximiliano, que me había facilitado la doctora Smith.

“El 22 de agosto los padres de Maximiliano Jackson se presentaron en la universidad, buscando ayuda psiquiátrica y/o psicológica para su hijo, parecían muy consternados con el asunto.

Maximiliano, de 2 años y tres meses de edad, había empezado a comportarse de manera extraña sin una razón aparente.

El 20 de agosto fue a la fiesta de cumpleaños de su primo, donde todo el mundo quería acariciarlo y estar con él. Se comportó de manera normal y llegó dormido a la casa. Se había cansado mucho con tanto ajetreo.

Ese fue el último día que sus padres vieron a Maximiliano ‘normal’.

El niño estaba aprendiendo a hablar, ya pronunciaba bien varias palabras e incluso se podía conversar con él, aunque balbuceaba la mitad de lo que intentaba decir.

A la mañana siguiente, cuando los padres de Maximiliano despertaron, notaron que el niño estaba en su cuna, despierto, con los ojos bien abiertos, con una expresión rara en el rostro. La madre lo tomó en sus brazos, pero el niño no reaccionó bien.

Intentaba hablar, pero ningún sonido hacía

sentido para el oído de los padres (que solo hablaban inglés).

Durante esos dos días los padres intentaron de todo, pero su hijo no respondía a ellos, ya no los llamaba papá y mamá y los miraba con desconfianza. Algo en sus ojos mostraba desorientación”.

Al día siguiente me entrevisté con los padres de Maximiliano antes de verlo a él, parecían consternados al no entender que sucedía con su hijo. Me contaron básicamente lo mismo que había leído en los apuntes de la doctora Smith. Entonces, entramos en la habitación en que estaba Maximiliano y les pedí que me dejaran solo con él.

—Hola bebé —le dije con voz suave y saludando con la mano.

El niño se volteó al oír mi voz, me miró con curiosidad y contestó.

—Привет¹ —pronunciando con desinterés.

Fue en ese momento que entendí por qué los padres de Maximiliano no entendían lo que el niño quería decir.

En mi época de universidad, tuve un compañero de habitación de nacionalidad Rusa, mientras hacíamos una pasantía en Alemania. Su nombre era Vladimir Stolichnov. Al principio nos comunicábamos solo en inglés, pero a mí me llamaba la atención el ruso, debido a su alfabeto distinto

¹ Pronunciación romanizada: *Priviet (Hola)*.

y el arrastre de sus letras al hablarlo con fluidez. Fue entonces que decidimos enseñarnos el uno al otro, un poco de nuestro idioma natal.

—Как дела?¹ —Le dije, tratando de buscar las palabras.

—Где моя мама? Почему я здесь?²

Tardé un momento en comprender la frase completa, nunca fue mi fuerte el ruso y hacía mucho tiempo que no lo escuchaba.

—Вы говорите России?³ —Dije con extrema sorpresa.

Salí de la habitación y me quedé congelado durante unos cuantos minutos. Esto no podía ser un Estado de Fuga, era completamente imposible. ¿Cómo ese niño de dos años podía estar hablando ruso de un momento a otro? Pensé entonces que me había equivocado. ¿Fueron balbuceos y yo los confundí con mi recuerdo de aquel idioma Eslavo oriental que irregularmente practiqué en mi juventud?

Volví a la habitación y miré a los ojos a Maximiliano.

—Do you understand what I'm telling you? —Le dije despacio y con voz amable, pero no hubo reacción en él. Simplemente no entendía lo que le estaba diciendo.

¹ Pronunciación romanizada: *Kak Diela?* (¿Cómo estás?).

² Pronunciación romanizada: *¿Gdye Moya mama? ¿Pochemu ya zdes'?* (¿Dónde está mi mamá? ¿Por qué estoy aquí?)

³ Pronunciación romanizada: *¿Vy govovite Rossii?* (¿hablas ruso?)

—Вы теперь понимаете?¹ —Pronuncié lenta y fríamente, sin saber si lo hacía bien.

—Да² —me dijo—. Почему все говорят так сильно отличаются?³ —Pero no pude notar si esta última frase era balbuceo o decía algo con sentido.

¹ Pronunciación romanizada: Vy teper' ponimayete? (*¿Me entiendes ahora?*)

² Pronunciación romanizada: Da (*Si*).

³ Pronunciación romanizada: Pochemu vse govoryat tak sil'no otlichayutsya? (*¿Por qué todos hablan diferente?*).

Emilia

Hace dos años un accidente la había dejado casi completamente sorda del oído izquierdo. Sin embargo, la mañana del 21 de agosto fue un ruido lo que la despertó. Abrió suavemente los ojos, la luz del sol llenaba ya toda la ventana de su cuarto. Se estiró un poco para ganar fuerzas y con un toque de pereza bajó los pies de la cama y se sentó. Se echó un gran bostezo, con la mano izquierda se corrió el pelo de la cara y lo puso detrás de su oreja. Fue entonces cuando lo notó. Aquel ruido que solo siente uno mismo al frotarse la piel aparecía mágicamente otra vez. No lo podía creer.

Rápidamente corrió hacia la habitación de su madre para darle la noticia, pero la sorpresa que tuvo al llegar fue diez mil veces mayor a la que había sentido al notar que su oído funcionaba bien nuevamente.

Se quedó paralizada en la puerta de, la que hasta el día anterior era, la habitación de su madre y que ahora estaba llena de cachivaches apilados uno sobre otro.

Caminó hacia la puerta de salida, como en una reacción natural por entender qué estaba pasando, salió hasta el antejardín y vio un equipo de trabajo que retiraba escombros de la casa de enfrente, que al parecer se había quemado hace un par de días. No recordaba que hubiera sucedido eso, pero por lo demás el barrio se veía normal.

Se dio cuenta que estaba semidesnuda y se volvió a meter a la casa. Encendió el computador de la sala para verificar la fecha y mientras esperaba que encendiera, el sonido del teléfono la hizo saltar del susto. Corrió rápidamente a contestar.

— ¿Aló? —Dijo con tono inquieto.

—Hola Emilia. ¿Cómo estamos para más rato?

— ¿Con quién hablo?

—Con Laura, ¿qué te ocurre, Emilia?

— ¡Laurita! —Dijo con voz de alivio—. Algo súper raro está pasando, no entiendo nada.

— ¿Qué te pasó?

—La mamá no está y su pieza está llena de cosas.

—Emilia, ¿de qué estás hablando?

En ese momento una lágrima corrió por su mejilla derecha.

— ¿Puedes venir por favor? —Dijo sollozando—. La casa de enfrente se quemó...

—Voy para allá, no te preocupes. Quédate tranquila.

Se quedó sentada en la silla del computador mirando la pantalla, tocándose la oreja. No comprendía que estaba ocurriendo, donde estaba su madre, qué le habría pasado para dejarla así.

No supo si habían sido horas, minutos o segundos, cuando sonó la puerta. Se había sumergido en sus pensamientos, tratando de comprender lo que estaba sucediendo. La noche anterior, según sus recuerdos, se

había ido a la cama a eso de las 23:00, después de pasar un largo rato frente al PC. Le había dado un beso a su madre y había estado enviándose mensajes con su novio, que en ese momento se encontraba fuera del País. No entendía cómo en menos de diez horas había cambiado todo, su madre no estaba, su oído funcionaba y la casa de enfrente estaba en cenizas.

En el momento en que Laura entró en la casa, Emilia no pudo contener las lágrimas y se abalanzó a los brazos de su hermana.

— ¿Qué pasó monita? —Preguntó Laura con tono consolador.

—La mamá no está, mira su pieza.

Laura tomó suavemente de las mejillas a su hermana, la miró a los ojos y le dijo muy apaciblemente:

—Emilita, la mamá hace dos años que murió.

El rostro de Emilia se desfiguró y se deshizo en un llanto terrible, el cual su hermana no comprendía.

—Pero Emilia, ¿qué pasa?

—No entiendo nada —dijo entre escabrosos sollozos.

Laura fue hacia la cocina en busca de un vaso de agua, desconcertada por la actitud de su hermana. Cuando volvió con el agua, Emilia se estaba tocando la oreja izquierda.

—Ya, ¿estás mejor? —Preguntó Laura con voz calmada—. ¿Qué te pasó en la oreja?

—Puedo escuchar —contestó sonriendo.

— ¿Qué quieres decir? —Dijo Laura confundida.

El rostro de Emilia volvió a descomponerse.

—Cuéntame qué está pasando Laura, por favor —dijo mientras se acurrucaba en el sillón—, porque no entiendo nada.

—Dímelo tú —le dijo mientras le acariciaba el pelo.

—Laura, lo único que recuerdo es que anoche le di un beso a la mamá antes de irme a la cama, incluso conversamos un poco. Hoy día me desperté y mi oído funcionaba, puedo escuchar. Quise ir a contárselo y me encuentro con esas cajas en lugar de ella...

— ¿Qué quieres decir con eso del oído? —Interrumpió Laura.

— ¿Cómo?

— ¿Cuándo dejaste de escuchar con ese oído?

—Laura, el accidente de hace dos años.